

## ECKBERT EL RUBIO

En una comarca del Harz vivía un caballero al que solían llamar simple y llanamente Eckbert el rubio. Tenía aproximadamente cuarenta años, era de estatura mediana y unos cabellos de color rubio claro le caían lisos y pegados sobre el rostro, enjuto y pálido. Vivía muy tranquilo y retraído, y jamás se había involucrado en las querellas de sus vecinos; tampoco se lo veía mucho fuera de las murallas de su pequeño castillo. Su esposa gustaba de la soledad tanto como él, y ambos parecían amarse de corazón; de lo único que solían quejarse era de que el cielo no quisiera bendecir su matrimonio con hijos.

Rara vez recibía Eckbert visitas y, cuando esto sucedía, no alteraba por ellas prácticamente nada en el ritmo habitual de su vida: allí residía la mesura, y la economía en persona parecía disponerlo todo. Eckbert se mostraba entonces alegre y comunicativo; únicamente cuando se quedaba a solas se observaba en él

una cierta reserva, una silenciosa y refrenada melancolía.

Nadie iba con tanta frecuencia al castillo como Philipp Walther, un hombre con el que Eckbert había trabado amistad porque había encontrado en él una forma de pensar prácticamente similar a la suya. Este residía en realidad en Franconia, pero solía pasar más de la mitad del año en las cercanías del castillo de Eckbert, coleccionando hierbas y piedras y trabajando en su clasificación; vivía de un pequeño patrimonio y no dependía de nadie. Con frecuencia Eckbert lo acompañaba en sus solitarios paseos y con los años fue surgiendo entre ellos una íntima amistad.

Hay horas en las que el hombre se acogorza cuando ha de guardar ante un amigo un secreto que hasta ese momento ha venido ocultando con gran cuidado; el alma siente entonces el irresistible impulso de abrirse por completo, de revelar al amigo hasta lo más íntimo, para que con ello sea aún más nuestro amigo. En esos momentos las delicadas almas se dan a conocer la una a la otra, y a veces sucede también que el uno se espanta al conocer al otro.

Era ya otoño cuando Eckbert, en una noche de niebla, se hallaba sentado junto con su amigo y su esposa Bertha ante el fuego de una chimenea. Las llamas arrojaban un claro resplandor por toda la estancia, jugueteando en

lo alto, en el techo; la noche entraba con toda su negrura a través de las ventanas y los árboles de afuera se estremecían con la humedad del frío. Walther se quejaba del largo camino que tenía por delante y Eckbert le propuso quedarse en su casa, pasar la mitad de la noche entre tranquilas conversaciones y luego dormir hasta la mañana siguiente en una estancia del castillo. Walther aceptó la propuesta y trajeron entonces el vino y la cena, atizaron el fuego con más leña y la conversación entre los amigos se tornó más alegre y confiada.

Una vez hubieron recogido la cena y los criados se hubieron marchado, Eckbert cogió la mano de Walther y dijo:

—Amigo, deberíais permitir que mi esposa os contara la historia de su juventud, que es bastante extraña.

—Con mucho gusto —dijo Walther, y volvieron a sentarse ante la chimenea.

Era justo medianoche, la luna se veía a intervalos por entre las nubes que pasaban volando.

—No me tengáis por impertinente —comenzó a decir Bertha—, mi marido dice que pensáis con tal nobleza que sería injusto ocultaros algo. Solo que no toméis mi historia por un cuento por muy extraña que os pueda sonar.

»Nací en un pueblo, mi padre era un pobre pastor. La despensa de mis progenitores

no estaba muy bien surtida; con mucha frecuencia no sabía de dónde podrían sacar algo de pan. Pero lo que a mí más me apesadumbraba era que mi padre y mi madre discutían a menudo a causa de su pobreza y entonces el uno le hacía al otro amargos reproches. Si no, les oía hablar siempre de mí, de que era una niña tonta y simple, que no sabía hacer ni las cosas más insignificantes, y es verdad que yo era muy poco hábil y desmañada, me lo dejaba caer todo de las manos, no aprendí ni a coser ni a hilar y no sabía ayudar en nada en casa, lo único que entendía muy bien eran los apuros de mis padres. A menudo me sentaba entonces en un rincón y no dejaba de imaginarme cómo los ayudaría si de repente me hiciera rica, cómo los cubriría de oro y de plata y me recrearía viendo su asombro; entonces veía que venían flotando hacia mí unos espíritus que me descubrían unos tesoros subterráneos o que me daban pequeños guijarros que se transformaban en piedras preciosas, en resumidas cuentas, me sumía en las más maravillosas fantasías y, cuando luego tenía que levantarme para ayudar o para llevar algo, me mostraba aún mucho más torpe porque la cabeza me daba vueltas de tan extravagantes ideas.

»Mi padre siempre estaba muy enojado conmigo por ser una carga tan inútil para la casa; por eso a menudo me trataba con bastante crueldad y era raro que yo oyese una palabra

amable de su boca. De ese modo habría cumplido aproximadamente los ocho años de edad cuando se tomaron serias medidas para que yo hiciera o aprendiera algo. Mi padre creía que el hecho de pasar los días sin hacer nada no era más que obstinación o pereza por mi parte; al final acabó lanzándome las más indescriptibles amenazas, pero como estas no dieron fruto me azotó sin conmiseración diciendo que ese castigo seguiría recayendo sobre mí a diario puesto que yo era una criatura inútil.

»Pasé toda la noche llorando amargamente, me sentía tan abandonada, me daba tanta pena de mí misma, que deseé morir. Temí que llegara el día, no sabía qué podía hacer; deseé tener todas las habilidades posibles sin poder comprender por qué yo era más simple que el resto de los niños que conocía. Estaba al borde de la desesperación.

»Al despuntar el día, me puse en pie y, casi sin darme cuenta, abrí la puerta de nuestra pequeña cabaña. Estaba en medio del campo y poco después me hallé en un bosque, en el que apenas penetraba aún la luz del día. Continué caminando sin mirar a mi alrededor; no sentía cansancio alguno, pues pensaba siempre que mi padre me alcanzaría y, furioso porque me había escapado, me trataría aún con mayor crueldad.

»Cuando volví a salir del bosque, el sol estaba ya bastante alto; entonces vi algo os-

curo ante mí, cubierto por una espesa niebla. Tan pronto tuve que trepar por cerros como andar por un sinuoso camino entre las rocas, y supuse entonces que seguramente debía de encontrarme en las montañas vecinas, por lo que comencé a temer por mí en aquella soledad. Pues en la llanura yo no había visto nunca una montaña, y la mera palabra montaña, cuando había oído hablar de ella, había resultado ser un sonido terrible a mis infantiles oídos. No tenía valor para regresar, mi miedo me empujaba hacia delante; a menudo miraba asustada a mi alrededor cuando el viento soplaba por entre los árboles o un lejano golpe de tala resonaba en la silenciosa mañana. Cuando por fin me encontré con unos carboneros y con unos mineros y escuché una pronunciación que me resultó extraña, estuve a punto de perder el conocimiento de puro espanto.

»Atravesé varios pueblos mendigando, porque entonces sentía hambre y sed; me las apañaba como podía para responder cuando me preguntaban. Así llevaba caminando unos cuatro días cuando di con un pequeño sendero que me apartaba cada vez más del camino principal. Las rocas que había a mi alrededor adquirieron entonces otra forma, mucho más extraña. Eran peñascos, tan amontonados unos sobre otros que parecía como si el primer golpe de viento fuera a descolocarlos todos. No sabía si debía continuar. Por la noche siempre

había dormido en el bosque, pues justamente estábamos en la estación más hermosa del año, o en retiradas cabañas de pastores; pero allí no encontraba refugio humano ninguno y tampoco podía suponer que encontraría uno en aquel agreste lugar: las rocas se volvían cada vez más terribles, a menudo tenía que caminar al borde de vertiginosos precipicios y, al final, el camino incluso llegó a desaparecer bajo mis pies. Estaba completamente desconsolada, lloraba y gritaba, y mi voz resonaba en los valles rocosos de forma espantosa. Entonces se hizo de noche y busqué un lugar con musgo para descansar en él. No podía dormir; en medio de la noche oía los sonidos más extraños: primero me parecían animales salvajes, luego el viento que gemía entre las rocas, luego aves desconocidas. Recé y no me dormí hasta casi el amanecer.

»Me desperté cuando la luz del día me daba ya en pleno rostro. Delante de mí había un empinado risco; trepé por él con la esperanza de descubrir desde allí la salida de aquel agreste lugar y divisar quizá casas o gentes. Pero cuando me hallé arriba todo lo que alcanzaba la vista, igual que a mi alrededor, estaba cubierto de un halo de niebla: el día era gris y turbio, y mis ojos no pudieron descubrir un árbol, una pradera, ni siquiera un arbusto, a excepción de algunos matorrales aislados que, solitarios y tristes, habían salido por entre las estrechas

grietas de las rocas. No puedo describir el anhelo tan grande que sentí por ver aunque fuera a una sola persona, incluso si después me hubiera dado miedo. Sentí asimismo un hambre atroz, me senté en el suelo y decidí morir. No obstante, pasado un tiempo, las ganas de vivir acabaron venciendo, me rehice y pasé todo el día caminando entre lágrimas, entre suspiros entrecortados; al final ya ni siquiera me sentía a mí misma, estaba cansada y agotada, apenas deseaba seguir viviendo y, sin embargo, temía la muerte.

»Por la tarde el terreno que me rodeaba fue volviéndose algo más amable; mis pensamientos, mis anhelos volvieron a renacer, el deseo de vivir despertó en todas mis venas. Creí entonces escuchar a lo lejos el ruido de un molino, redoblé el paso y cuán reconfortada, cuán aliviada me sentí cuando por fin llegué de verdad a los límites de aquellas rocas yermas y volví a ver ante mí bosques y prados con lejanas y agradables montañas. Me sentí como si hubiera pasado del infierno a un paraíso, mi soledad y mi desamparo ya no me parecían tan terribles.

»En lugar del esperado molino di con una cascada, cosa que, naturalmente, disminuyó en mucho mi alegría; estaba sacando con la mano un trago del arroyo cuando, de repente, sentí como si a cierta distancia oyera una ligera tos. Jamás me he llevado una sorpresa tan agradable

como la de aquel instante; me aproximé y, en un rincón del bosque, descubrí a una anciana que parecía estar descansando. Iba casi por completo vestida de negro, y un gorro, también negro, le cubría la cabeza y una gran parte del rostro; en la mano sostenía una muleta.

»Me acerqué a ella y le pedí ayuda, ella me dijo que me sentara a su lado y me dio pan y algo de vino. Mientras comía, cantó con voz chillona una canción religiosa. Una vez hubo terminado, me dijo que tuviera a bien seguirla.

»Me alegré mucho de aquella proposición por muy extraños que me parecieran la voz y el aspecto de la anciana. Con su muleta caminaba con bastante agilidad, y a cada paso ponía una cara tal que, al principio, no pude por menos que reírme. Las agrestes rocas iban quedando cada vez más atrás de nosotras, caminamos por una agradable pradera y luego por un bosque bastante grande. Cuando salimos, el sol se estaba poniendo y jamás olvidaré la visión y las sensaciones de aquel atardecer. Todo estaba fundido en el rojo y el oro más suaves, los árboles estaban allí con sus copas alzadas hacia el crepúsculo, y sobre los campos se posaba su encantador resplandor, los bosques y las hojas de los árboles estaban silenciosos, el límpido cielo parecía un paraíso abierto, y el rumor de los manantiales y, de vez en cuando, también el murmullo de los árboles, resonaban a

través del jovial silencio como en melancólica alegría. Mi joven alma tuvo entonces por vez primera una idea del mundo y de lo que en él acontecía. Me olvidé de mí y de mi guía, mi espíritu y mis ojos tan solo vagaban por entre las doradas nubes.

»Subimos entonces por un cerro plantado de abedules, desde arriba se divisaba un verde valle lleno también de abedules y abajo, en medio de los árboles, había una pequeña cabaña. Unos alegres ladridos nos salieron al encuentro y al poco rato un ágil perrito saltaba sobre la anciana moviendo la cola; luego vino hacia mí, me inspeccionó por todas partes y regresó al lugar en el que estaba la anciana con amables gestos.

»Cuando bajamos del cerro, oí un canto maravilloso, similar al de un pájaro, que parecía venir de la casa, y que decía:

Del bosque la soledad,  
¡qué alegría me da!  
Mañana y hoy, da igual,  
y en toda la eternidad.  
¡Oh, qué alegría me da  
del bosque la soledad!

»Estas pocas palabras se repetían constantemente; si hubiera de describirlo, era casi como si los tonos del cuerno de caza y la chirrimía sonaran fundidos a lo lejos.

»Mi curiosidad había llegado a unos límites insospechados; sin esperar a que la anciana me lo ordenase, entré con ella en la cabaña. Ya había empezado a anochecer, todo estaba muy limpio, había algunas copas en una alacena, extraños recipientes sobre una mesa, en una reluciente jaula colgada junto a una ventana había un pájaro y en verdad era él el que cantaba aquella canción. La anciana carraspeó y tosió, parecía como si no pudiera volver a reponerse, pues tan pronto acariciaba al perrito como hablaba con el pájaro, que tan solo le respondía con su acostumbrado canto; por lo demás hizo como si yo no estuviera presente. Mientras la contemplaba de aquella forma, me sobrecogió algún que otro escalofrío, pues su rostro estaba en continuo movimiento, ya que, debido a la edad, no dejaba de mover la cabeza, de manera que yo, ni por asomo, era capaz de saber cuál era su verdadero aspecto.

»Una vez se hubo repuesto, encendió una luz, dispuso una mesa muy pequeña y sirvió la cena. Entonces me miró y me dijo que cogiera una de las sillas de mimbre trenzado. Así que me senté justo enfrente de ella, y la luz quedó en medio de las dos. Juntó sus huesudas manos y rezó en voz alta, sin dejar de hacer sus muecas, de manera que estuve prácticamente a punto de volver a reírme; pero me cuidé mucho de hacerlo para no enfadarla.